

teoría de los juegos), y el lenguaje, más tradicional, del proyecto (con nuevos temas: la integración del edificio, de las unidades urbanas intermedias con el contexto físico e histórico de la ciudad, del territorio).

Para entonces el viejo optimismo que respiraba el urbanismo orgánico, su confianza en una recomposición global de la ciudad a través del diseño unitario del plan (del proyecto del plano) comenzó a perder credibilidad. Aunque no impidió que, paralelamente, los planes de esta década (incluyendo los que se redactaron como revisión de los de Baldrich: los ejemplos de Granollers o Sabadell) siguieran adoptando los planteamientos y soluciones avanzados por la Comisión, actualizando su contenido a las nuevas demandas de la etapa desarrollista: ampliando las previsiones de suelo, flexibilizando el contenido de la normativa, y, sobre todo, renunciando a muchas de las ambiciones formales de los planes de Baldrich (y a cualquier voluntad de coordinación territorial). Representando, en cierto modo, una forma de planeamiento orgánico más funcional el proceso de urbanización que el de sus maestros.

PABLO GIGOSOS

NOTAS

1. La comisión estaba formada por tres arquitectos (M. Baldrich, A. Perpiñá, J.M. Martorell), dos ingenieros (E. Peña, J.M. Puchades) y un geógrafo (S. Llobet), además de dos aparejadores, delinquentes, etc.

2. Los planes redactados y aprobados por la Comisión en esos años fueron los de Sabadell (1950), Terrassa, Granollers (1951), Mataró, Vic (1952), Sitges e Igualada (1953). A partir de 1953 la Comisión dio preferencia a la elaboración del Plan Provincial y sólo aprobó dos nuevos planes importantes: Berga (1956) y Manresa (1957). Los de Vilafraña, Vilanova y Martorell no pasaron de los primeros tanteos o propuestas provisionales.

3. G. Herbert, *The organic analogy in town planning*. JAIP, agosto 1963. G. Piccinato, *La costruzione dell'urbanistica*. Germania 1871-1914. Officina, Roma 1974. *Les miroirs de la ville: un débat sur le discours des anciens géographes*. Urbi, diciembre 1979.

4. En la Comisión de Barcelona fue el propio Bidagor que también asesoró la redacción del Plan Comarcal.

5. Programa oficial del primer curso, organizado en Barcelona. IEAL. Madrid 1952. Baldrich colaboró como profesor en dichos cursos.

6. G. Bardet, *Le Nouvel Urbanisme*. París 1948.

7. F. Terán, *Planeamiento urbano en la España contemporánea*. Barcelona 1978.

8. D. Calabi, *Il «male» città diagnosi e terapia*. Officina, Roma 1979.

9. M. Baldrich, *Situación actual del urbanismo en España*. Lectión desarrollada en el curso del IEAL en Barcelona, 1952.

10. M. Baldrich, *La anatomía social como fuente de información urbanística*. IV reunión de técnicos urbanistas, IEAL. Madrid 1949.

11. Revista del CAME. Mayo 1929.

12. En 1956 se quejaba Baldrich de que incluso los planes aprobados resultaban inoperantes «por no haber adecuado los ayuntamientos su política urbanística a los propósitos del plan y (no haber) ordenado la redacción de planes parciales».

13. Con este mismo espíritu se prepararon los Planes Provinciales de Reforma Económico-social, en aquellos años.

14. M. Baldrich, *La comarca, unidad urbanística*. «S. Jorge», enero 1951. *La ciudad comarca*. Barcelona 1952.

15. P. Bidagor, *La coyuntura actual del urbanismo en España*. «Temas de Arquitectura y Urbanismo», marzo 1969.

Pedro Bidagor

El organicismo del Plan de Barcelona de 1953 y de toda la obra de Baldrich difícilmente se puede considerar como fruto de una feliz coincidencia con la cultura europea de su tiempo, sino como algo resultante de un proceso que había empezado mucho antes.

La guerra civil española supuso en el campo del urbanismo una ruptura más formal que real. La excomunión del racionalismo, que fue sin duda una respuesta política contra otro de los signos culturales de la época anterior, no supuso la formulación de un nuevo cuerpo autónomo y autárquico sobre la arquitectura y el urbanismo sino una exposición diversa pero continua de lo que fue el pensamiento de los años 30.

La paternidad y parentesco de esta formulación, sin embargo, es aún oscura. En qué consistía el fundamento de ese organicismo o quién lo introdujo, son algunas de las preguntas que aún quedan por contestar por los propios autores.

La posibilidad de hacer una entrevista a Bidagor, sin duda alguna uno de los protagonistas más destacados de la época, y de que ésta fuera hecha por Fernando Terán, el mejor historiador del planeamiento español contemporáneo, es una ocasión idónea para profundizar sobre un episodio de nuestra historia y con ello no sólo saciar nuestra curiosidad sino también completar los elementos de un puente entre la anteguerra y la postguerra a los que algunos historiadores han prestado mucha atención.

RICARD PIE

Ante la demanda que me plantea Q. la referencia a Bidagor era obligada. Ya en 1939, recién terminada la guerra civil, había hecho una presentación pública bastante novedosa, coherente y elaborada, de una visión organicista de la ciudad, de la que derivaban indicaciones para una metodología del planeamiento¹. Comentándola yo mismo he señalado, en otro lugar, que me parecía responder a una elaboración previa personal, anterior a las circunstancias en que se exponía, montada sobre la asimilación de ideas generales iniciadas mucho antes, y no una simple improvisación para aquel momento².

Aquella interpretación biológica de la ciudad, que establecía una ingenua relación mecanicista entre las funciones y las formas de la que se derivaba la aparición de órganos urbanos especializados encargados del desarrollo de las funciones correspondientes, me llevó a relacionar esta formulación con los antecedentes organicistas generales que podrán encontrarse primero en Spencer (aplicada a la sociedad) y en Ratzek (al territorio) y después en Arturo Soria, Marcel Poëte, Gaston Bardet y Le Corbusier, más directamente en relación con la ciudad. Posteriormente he reiterado la existencia de esos antecedentes organicistas, constituyendo una corriente propia

dentro de la confusa y heterogénea formulación de los orígenes de la teoría urbanística, tan frecuentemente apoyada de mala manera en materiales diversos de acarreo, presurosamente tomados de aquí y de allá³. Y en esa reiteración me había parecido interesante destacar la presencia de una veta de organicismo en el pensamiento de Le Corbusier, que parecía haber pasado bastante desapercibida, pero que estaba bien patente en algunos de sus textos más famosos, de entre los cuales tomé como ejemplo el párrafo que reproduzco ahora a continuación, por razones que el lector entenderá más tarde, si tiene la paciencia de seguir leyendo. Dice así, refiriéndose a la realidad urbana de Buenos Aires: «*Por falta de previsión, se ha dejado desarrollar un sistema celular primario, sin hacer intervenir a tiempo una clasificación orgánica. Allí donde la naturaleza se había apresurado a organizar todo por la ordenación de las alimentaciones, de las canalizaciones necesarias, de las evacuaciones (vísceras, pulmones, osamento, miembros), el descuido ha dejado a una vida orgánica primaria, sobrepasar el dimensionamiento normal*».

Y este texto va acompañado de una ilustración en la que la ciudad aparece esquematizada en forma antropomórfica.

¿Qué tenía esto que ver con el organicismo urbanístico español de postguerra, y cómo había pasado a los planes de Barcelona? «*Quaderns* pedía los datos culturales de una formulación urbanística hacia nuevos planteamientos», en oposición a las del Movimiento Moderno. También las raíces del pensamiento de su «protagonismo más destacado». Para mi sorpresa, esas raíces estaban más patentes de lo que había imaginado y los datos culturales eran bien simples.

Pedro Bidagor, arquitecto, 77 años, ex-director general de Urbanismo, máximo dirigente del urbanismo español entre 1939 y 1969, me recibe amablemente en su casa de la calle de Serrano de Madrid. Está ahora dedicado a dibujar minuciosamente una colección de puentes antiguos, que previamente estudiará con todo rigor métrico, en la realidad española más dispar. Me muestra orgulloso su trabajo porque, me dice, «a mí lo que me gusta es dibujar».

Se ha negado a grabar la conversación alegando que se expresa desordenadamente (cosa que no es cierta) y que su forma de hablar resulta hoy un tanto elemental y alejada de los modelos culturales al uso (cosa que sí lo es).

Le planteo de entrada la presencia bien patente de la base organicista en los dos planes de Barcelona y acepta plenamente la paternidad de la misma, a través de sus estrechos contactos con Soteras y con Baldrich, si bien admite la posibilidad de que ambos tuvieran otras influencias confluyentes que él desconoce, le pido entonces que me explique la génesis de su adscripción al organicismo, para lo cual se remonta a los años de su formación en la Escuela de Arquitectura de Madrid, y sus primeros pasos profesionales antes de la guerra civil. Sus ideas, resumidas, son las que trato de reproducir a continuación, lo más fielmente posible:

En los años veinte, la dependencia cultural respecto a Alemania era dominante. Todos los arquitectos becados por la Junta para Ampliación de Estudios fueron allí: Mercadal, Pérez Minguez, Prieto Moreno...

La figura clave era Herman Jansen, ganador del Concurso Internacional de Ankara, convertido en venerado maestro capaz de enseñar un «oficio» muy elaborado. Stübben estaba ya pasado. Francia no le interesaba a nadie. Inglaterra y la Ciudad Jardín a muy pocos. Algo más tarde Esteban de la Mora traduciría a Abercrombie como un hecho aislado.

Las relaciones de César Cort con los ambientes británicos también fueron posteriores, cuando empezó su carrera comercial con el wolframio, ya que siempre fue fundamentalmente un financiero más que un urbanista. Su curso de «urbanología» era verdaderamente ramplón. Fui ayudante suyo de cátedra durante dos años y colaboré con él en un concurso. Ello me bastó para comprobar que no tenía nada que ver con sus planteamientos tradicionalistas y me alejé de él.

En cambio admiraba a Gustavo Fernández Balbuena, con el cual trabajaba el alemán Otto Czekelius. Muerto Balbuena, Czekelius inició su asociación con Ulargui. Colaboré con ellos a lo largo de cinco años en varios concursos de urbanismo, de los que convocaban entonces los ayuntamientos en desarrollo del Estatuto Municipal.

Czekelius, hombre culto y preparado, influyó mucho en mi formación. No sólo me transfirió «un oficio», sino también el gusto por el análisis histórico de ciudades. Tenía la colección de planos de Coello y los estudiábamos juntos.

Finalmente, en 1935 y 1936 trabajé con Zuazo. Me he formado pues en la escuela alemana, a través de Czekelius y de lo que Zuazo aprendió de Jansen, en su colaboración para el concurso del plan de Madrid de 1929.

Pero este panorama se completaba entonces con una alternativa deslumbrante, de sugestión irresistible: la utopía de Le Corbusier. En sus libros descubrí, además del funcionalismo, una concepción orgánica muy neta, impregnada de biología. Especialmente visible aparecía en La Ville Radieuse y en el Palacio de la Sociedad de las Naciones. Desde luego, era un planteamiento muy elemental y poco matizado, pero allí había una organización jerárquica y funcional semejante a la animal. En el fondo había un bicho. La analogía biológica aparecía, por lo demás, expuesta de forma bien patente en los textos de Le Corbusier.

El descubrimiento que hice a partir de ahí, con la misma clave de interpretación, de que la misma organización podía encontrarse como una constante estructural en todos los planos de las ciudades españolas, me llevó a la convicción de que la analogía debía estudiarse a fondo.

La orgánica era una forma de distribución característica de funciones, la culminación de una estructura funcional. Un estudio de la organización funcional de la ciudad revelaba la existencia de un órgano especialmente preparado y localizado para cumplir la función correspondiente. Esto llevaba a la necesidad de estudiar, a su vez, la forma más adecuada para facilitar ese cumplimiento. Los

elementos de funciones semejantes debían estar reunidos. Pero la casa es más compleja. No se resuelve sólo el problema simplemente porque existía un órgano para cada función. Así aparece la noción de sistema y, con ella, la idea de las interrelaciones entre los órganos y el todo. La idea de sistema estaba en el ambiente. No me la inventé. Lo que hice es verla en la ciudad. Y órganos y sistemas constituyen el organicismo. El hombre y los animales están proyectados de modo funcional y orgánico. Hay órganos directivos, órganos mantenedores y órganos de relación con el exterior y hay sistemas en que se apoya el funcionamiento unitario del organicismo: sistema circulatorio (red viaria), sistema nervioso (de centros cívicos) y sistema respiratorio (de espacios libres) fundamentalmente.

Descubrir la organización funcional de una ciudad es el primer paso para el planeamiento orgánico de la misma. Localizar adecuadamente sus órganos, nuclearlos jerárquicamente y facilitar el funcionamiento de los sistemas es la tarea.

El paralelismo entre organismo y ciudad es una gran tarea en la que sigo creyendo, como forma de acercarse al conocimiento de lo urbano y a su tratamiento, a pesar de las dificultades de aplicación y de la existencia de unos límites más allá de los cuales no se debe forzar la analogía. Se necesitan por ello grandes dosis de cautela y de sentido común, porque se entrevé mucho más de lo que puede entenderse y son muchas dudas y los vacíos de respuesta que aparecen.

Pero le pregunto si no habría más antecedentes.

Sí, efectivamente conocía algo el pensamiento de Spencer, aunque nunca lo he leído directamente, sólo a través del Espasa. No, no me propuse hacer una traslación de Spencer ni de Ratzel, ni puedo determinar las fuentes en las que he bebido. Eran ideas que estaban en el ambiente. La revelación me vino a través de Le Corbusier. Por otra parte, a mí también me alcanza la general incultura filosófica de los arquitectos y era muy consciente de las insuficiencias de mi información para desarrollar una elaboración más refinada. No, jamás se me ocurrió que Arturo Soria pudiese haber sido también organicista. En cambio, encontré colaboraciones posteriores en Abercrombie y Bardet.

Acepta que concede una importancia secundaria al tema de la «Unidad vecinal», como si la «nucleización orgánica» basada en la construcción de un tejido urbano celular compuesto por dichas unidades, no fuese más que una consecuencia de la concepción organicista general, en la que lo fundamental son los problemas de disposición adecuada en las partes y el todo, el reparto de funciones y la organización de los sistemas generales. Por eso no reconoce una clara relación con las preocupaciones sociológicas de Alomar, con el que dice no haber conversado nunca acerca de la concepción organicista.

La aplicación y el principio de la metodología empezó con el plan de Madrid, para el que se hizo un minucioso trabajo de investigación original sobre la organización funcional de la ciudad. El plan estaba terminado en 1942, porque yo tenía elaborada previamente la teoría. No, el plan de Abercrombie para Londres no podía influir para nada

ya que es posterior. El plan de Madrid fue el experimento crucial. Después se aplicó el método a otras ciudades como Valencia, Bilbao y más tarde Barcelona.

Respecto a los planes de Barcelona, la relación está clara. Durante los años cincuenta, mantuve un contacto constante con el Ayuntamiento y con la Comisión Provincial de Urbanismo. La redacción del Plan Comarcal empezó a ir bien desde el momento en que Martino fue sustituido por Soteras, que remató el trabajo. (El fue, por lo tanto, el que dio forma a ese conocido plano de «nucleización», que me parece uno de los documentos más característicamente expresivos del organicismo español, tanto por la intención como por el grafismo, y quien redactó la memoria, de organicismo biológico.)

Por otra parte, con Baldrich tuve una amplia colaboración y juntos recorrimos la provincia y pensamos no sólo en el conjunto de la misma (de donde salió el Plan Provincial) sino en cada una de las poblaciones (de donde salió la colección de planes generales que elaboró la Comisión). También en los textos de Baldrich resuena claramente el organicismo, que, en algunos momentos, podría tal vez recoger ecos ratzelianos.

Quizá esto pueda contribuir a satisfacer curiosidades como las planteadas por «Quaderns». Pero probablemente, su mejor servicio pueda estar en contribuir a evitar la construcción de hipótesis de esas que parecen tan lógicas, tan coherentes y atractivas a priori, a las que nos tiene acostumbrados cierta historiografía.

Por mi parte saco una corroboración acerca de la falta de fiabilidad de las mismas y acerca del carácter, en gran medida aleatorio, casuístico y asistemático del acontecer histórico de los hechos que configuran los procesos culturales, con mucha menos lógica de la que nos engañamos en ver en ellos ¿Quién iba a pensar que la inspiración del organicismo urbanístico español de postguerra, que aparece como una alternativa a las propuestas del Movimiento Moderno y una contestación tradicionalista al GATEPAC, estaba en el mismísimo Le Corbusier? Sí, si bien se mira, la cosa es aleccionadora y manifiesta una vez más la real indignidad de la teoría urbanística en relación con su desmedido empeño en ofrecer respuestas totalizadoras para la comprensión y tratamiento de la realidad urbana, que no puede pasar de ser, como ha dicho alguien, «fábulas consoladoras». Pero también nos enseña que no se debe hacer lo mismo con la historia.

FERNANDO TERÁN

NOTAS

1. Pedro Bidagor: Plan de ciudades. Intervención en la Primera Asamblea Nacional de Arquitectos. Recogido en *Textos de las sesiones celebradas en el Teatro Español de Madrid por la Asamblea Nacional de Arquitectos los días 26, 27, 28 y 29 de junio de 1939*. Servicios Técnicos de Falange. Sección de Arquitectura. Madrid, 1939.

2. Fernando de Terán: *Planeamiento urbano en la España contemporánea*. Gustavo Gili, Barcelona, 1978.

3. Conferencia, aún inédita, pronunciada en el VII Curso de Ordenación del Territorio. *Aproximación histórica a la Teoría de la Planificación urbanística*. ETSICCP.